



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

La leyenda de la Planchada en el Hospital Juárez de la Ciudad de México

Ricardo Cabrera
Mayo 25, de 2020

En la alcaldía Gustavo A. Madero en la Ciudad de México, se erige el Hospital Juárez, con una historia detrás de él, que data de su construcción en el año 1847, para albergar a los heridos, producto de la intervención norteamericana. Sus paredes



cuentan el sufrimiento y alegría de miles de enfermos que han sido huéspedes de este edificio. Su historia a lo largo de los años será objeto de otro artículo en el futuro.

En sus instalaciones ocurre una de las leyendas más famosas y tristes de nuestra ciudad y es la referente a La Planchada.

La gran cantidad de heridos que llegaban a ocupar una cama en el nuevo hospital demandaba también de personal médico calificado. Escaso en esa época.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Una nueva enfermera solicitó empleo, con la esperanza puesta en ayudar a quienes lo necesitaban. Su figura, atraía la admiración de quienes la conocía. Se llamaba Eulalia.

Era una hermosa mujer rubia de cabellos cortos y ojos azules, no debía tener más allá de veintidós años.

Eulalia, portaba como nadie su flamante uniforme de enfermera, pulcra hasta la exageración, el cuello blanco almidonado, el delantal perfectamente planchado y la cofia en su cabeza de una blancura inmaculada.

Eulalia se convirtió muy pronto en la atracción del hospital, gracias a su diligencia con los pacientes, su calidad y calidez humana era su principal carta de presentación.

Esta dedicación era puesta al servicio de los pacientes y la apartaba de confraternizar con sus compañeros de trabajo. Pronto se hizo evidente la animadversión de muchos de ellos. La llamaban la Planchada, con la idea de estigmatizarla y menospreciar su persona.

Eulalia poco caso hacía de ello y se dedicaba con mayor ahínco al cuidado de los enfermos. Los heridos solicitaban su presencia sobre la de otras enfermeras del hospital.

Transcurrió cerca de un año desde su ingreso y la vida para ella era bastante buena. Con un empleo remunerado y una reputación de persona responsable. Eulalia tenía más de aquello a lo que se podía aspirar en ese tiempo.





Joaquín, un médico de reciente egreso de la facultad de medicina llegó a dar sus servicios al citado hospital. Simpático, con un carisma a prueba pronto se hizo bastante popular entre el sexo femenino. El no desaprovechaba la oportunidad y pronto sus conquistas se hicieron notorias.

Cierto día, un herido por bala requirió la atención y prontitud de los servicios de quienes estaban de guardia. El médico fue Joaquín, requirió de inmediato el apoyo de enfermeras. Eulalia acudió de inmediato a la sala donde atendían el hombre baleado.

Para Eulalia, estar en presencia del joven médico, cambio su vida, un intercambio de miradas, un roce solitario entre sus manos y ella quedo enamorada desde ese mismo momento. Aprovechaba siempre la oportunidad de coincidir en horarios con Joaquín. la actitud de él hacia la joven, no era de desdén total, pero sí de cierta indiferencia. Pronto se hizo evidente del enamoramiento de la chica hacia el médico que no le correspondía.

Sus compañeros de trabajo aprovecharon para hacer escarnio de sus amores no correspondidos.

Joaquín, sea por la necesidad de permanente atención por parte de sus compañeros médicos y enfermeros. Decidió corresponder a los requiebros de Eulalia. Se hicieron novios y la vida para ella cambió. Se sentía bendecida por haber alcanzado la felicidad en los brazos del popular galeno.

El tiempo pasaba y el noviazgo transcurría sin contratiempos. Una tarde Joaquín le confió que tenía que asistir a un Congreso, que ocurriría durante los próximos quince días. Antes de irse le solicitó que se casará con él. La felicidad de Eulalia tocó el cielo. Quedaron que la boda se celebraría tan pronto el regresara.

Para la dedicada enfermera, los días sin ver a Joaquín eran un calvario, lo echaba tanto de menos que poco podía concentrarse en el trabajo.



Una fiesta tuvo lugar, a ella asistirían la mayor parte de los trabajadores del nosocomio. Un apuesto joven se acercó a Eulalia con la intención de obtener de ella la compañía para asistir juntos.

Eulalia, por supuesto se negó, agradeció la gentileza, pero no era posible ella estaba comprometida y en espera del regreso de su novio.

El dolor del joven no fue por la negativa sino por la ignorancia en que se encontraba la mujer sobre el paradero del médico.

Le hizo ver que era de dominio público que este había solicitado permiso para irse de luna de miel con su esposa. Las nupcias se habían recién.

Para la enfermera fue como si el alma hubiera huido de su cuerpo, el engaño infame del que fue objeto no logró superarlo nunca.

A partir de ese momento su trabajo era negligente, su apariencia física rayaba en el abandono y el desaliño total. Su atención cálida hacia los enfermos que la había caracterizado, quedó en el pasado.

Era común que descuidara sus tareas, que olvidara dar atención pronta a los enfermos que más la necesitaban, y durante su turno, algunos de ellos perdieron la vida por su falta de profesionalismo.

Aunque no fue despedida, porque su reciente nuevo comportamiento se ajustaba al tipo de servicio que era normal prestar a quien precisaba de ellos.

Su vida personal se sumió en la soledad y se convirtió en una sombra de lo que era. Eulalia falleció sin la compañía del hombre que amaba, o del consuelo de alguien que la quisiera. En su lecho de muerte se arrepintió de su mal proceder hacia los enfermos. de Quebrantar el juramento de ayuda hacia ellos; y de su falta de dedicación.

Al poco tiempo, se hizo de conocimiento que una joven mujer se paseaba por los pasillos del hospital durante el último turno. Los guardias la habían visto, y juraban que su apariencia no correspondía con las de las enfermeras que conocían.



Algunos enfermos dieron cuenta de las atenciones magníficas por parte de una linda enfermera duran el turno nocturno. Y pedían que regresara para seguir teniendo la fortuna de ser cuidados por tan bondadosa mujer. La descripción correspondía con

la Eulalia en sus inicios como enfermera. Su pulcritud, su uniforme que daba la impresión de estar planchado en todo momento.

El espíritu errante de Eulalia se quedó atrapado en los muros del Hospital Juárez hasta nuestros días. Cobró mayor fuerza después del terremoto de 1985, Cuando los esfuerzos del personal de salud eran insuficientes. La imagen de Eulalia la enferma planchada cobró más notoriedad y sus avistamientos se hicieron más comunes. 2